

VIÑAS VERA, Á. (2025). *Gozos y abismos de la vida humana. Diálogos cruzados con Kierkegaard*. Madrid: Guillermo Escolar Editor.

No resulta sencillo escribir hoy un libro filosófico en torno a Kierkegaard sin quedar atrapado en algunos de los tópicos más habituales en su recepción. El pensador danés ha sido leído con frecuencia como filósofo de la angustia, de la desesperación, del salto de la fe o de la crítica al sistema, hasta el punto de que esas grandes etiquetas, aun siendo en parte legítimas, pueden terminar por empobrecer la amplitud de su obra y la profundidad de su pensamiento. El libro de Ángel Viñas Vera parte precisamente de la necesidad de desplazar esa lectura demasiado estrecha. *Gozos y abismos de la vida humana* no es una introducción general a Kierkegaard, ni una monografía cerrada sobre alguno de sus conceptos fundamentales, sino una obra de interpretación filosófica que toma al autor danés como interlocutor privilegiado para pensar algunos núcleos decisivos de la existencia humana. Su título anuncia bien el movimiento general del volumen, pues no se trata solo de descender a los abismos de la desesperación, la locura, el sufrimiento o

la desdicha, sino también de atender a los gozos que comparecen en el amor, la paciencia, la alegría, la esperanza y la posibilidad de una vida orientada hacia el bien.

El libro se abre con un prefacio de Miguel García-Baró que sitúa con precisión el tono de la obra. Allí se afirma que el trabajo de Viñas no debe entenderse como un ejercicio de mera erudición, sino como una experiencia filosófica en la que la verdad no aparece separada de la vida concreta. En efecto, una de las características más visibles del libro de Ángel Viñas es la voluntad de pensar desde una implicación personal que, sin renunciar al estudio riguroso de los textos, evita refugiarse en la neutralidad propia del más rígido academicismo. El propio autor declara en el prólogo que el centro del libro no es exclusivamente Kierkegaard, sino el acercamiento a los enigmas y misterios de la vida humana. De ahí que el subtítulo, *Diálogos cruzados con Kierkegaard*, no sea una fórmula ornamental, sino la clave hermenéutica del recorrido que nos propone.

Kierkegaard funciona como eje, pero el libro se despliega mediante encuentros con autores y tradiciones que, de formas muy distintas, han pensado la libertad, el mal, la pena, la locura, el sufrimiento, el amor, la alegría o el cielo.

Los dos primeros capítulos cumplen una función programática. En el primero, Viñas se pregunta por el ideal de la filosofía y defiende que la obra de Kierkegaard no puede ser expulsada del campo filosófico mediante la caricatura que lo reduce a irracionalismo, fideísmo o literatura religiosa. Frente a la interpretación de Kierkegaard como antifilósofo, el autor sostiene que su pensamiento permite recuperar una idea de filosofía en la que la existencia concreta no queda sacrificada al sistema. La crítica al hegelianismo ocupa aquí un lugar importante, aunque no se formula como mera oposición escolar a Hegel, sino como rechazo de toda filosofía que olvida al existente que piensa. A partir de ahí, Viñas delimita negativamente la filosofía kierkegaardiana frente a lecturas excesivamente sumarias o tendenciosamente unilaterales. No es una filosofía sistemática que aspire a clausurar la existencia, pero tampoco una mera hermenéutica centrada en las palabras, ni una psicología que pretenda explicar la libertad humana desde mecanismos naturales, ni un

historicismo que disuelva al individuo en sus condicionamientos.

Este primer capítulo contiene algunas de las páginas más relevantes del libro, porque en ellas se formula una tesis que luego se proyectará sobre el conjunto de la obra. Para Viñas, Kierkegaard obliga a reconsiderar la relación entre filosofía primera y filosofías segundas. Allí donde la metafísica clásica podía buscar el principio último de lo real en categorías generales, Kierkegaard se detiene en aquellas dimensiones que afectan directamente al existente, como la angustia, la pena, el amor, la paciencia, la muerte, la libertad o la comunicación. No se trata de que la filosofía abandone las grandes preguntas, sino de que esas preguntas solo pueden ser pensadas adecuadamente cuando no se separan de la vida del individuo que las formula. En este sentido, el libro acierta al mostrar que la crítica kierkegaardiana del sistema no desemboca en un elogio de la arbitrariedad, sino en una exigencia más radical de verdad. La verdad que interesa a Kierkegaard no es solo la que puede ser contemplada, demostrada o descrita, sino aquella que edifica, transforma y compromete la existencia.

El segundo capítulo prolonga esta reflexión mediante la relación entre Sócrates y Kierkegaard. Viñas no presenta a Sócrates como un simple

antecedente histórico, sino como la gran analogía desde la que Kierkegaard comprende su propia tarea. Así como Sócrates desestabilizaba los discursos seguros de sus contemporáneos, Kierkegaard interroga la cristiandad danesa para mostrar hasta qué punto se ha vaciado de contenido la existencia cristiana. Ahora bien, el interés del capítulo no reside solo en esta analogía polémica, sino en la lectura de Sócrates como figura del amor. Esta interpretación permite a Viñas matizar la contraposición, a veces demasiado rígida, entre Atenas y Jerusalén. Sócrates no aparece únicamente como representante de la razón ética o de la *docta ignorancia*, sino como figura de una existencia que ama de manera generosa, liberadora y orientada hacia el bien. De este modo, el capítulo prepara una de las líneas de fondo del volumen, ya que la existencia no se entiende desde la autosuficiencia intelectual, sino desde una forma de amor que abre al individuo a la verdad.

A partir del tercer capítulo, el libro adopta con mayor claridad la forma de una serie de diálogos cruzados. El dedicado a Lev Shestov es especialmente significativo porque aborda la tensión entre razón, libertad y posibilidad. Viñas reconstruye la vida y el pensamiento del autor ruso atendiendo a su crítica de la

necesidad y a su defensa de una libertad que no puede ser encerrada en el principio de no contradicción. Shestov aparece como un lector decisivo de Kierkegaard, en la medida en que supo percibir en él una alternativa a la filosofía de la necesidad. La contraposición entre Atenas y Jerusalén, el lugar de Job, la reivindicación de la fe y la idea de que para Dios todo es posible permiten a Viñas mostrar una de las vetas más dramáticas de la recepción kierkegaardiana. Sin embargo, el capítulo no se limita a una exposición laudatoria ni a una mera comparación amistosa. También señala con acierto algunas sombras de la lectura shestoviana, especialmente su comprensión insuficiente de Sócrates y la escasa atención prestada a los discursos edificantes, lo cual confirma que Viñas no convierte a los autores que estudia en meros aliados, sino que los incorpora a una conversación crítica en la que se hilvanan afinidades y contrapuntos.

El capítulo cuarto, dedicado al filósofo francés Henri Maldiney y a la locura, desplaza el eje hacia la sensibilidad, la crisis y el acontecimiento. Además de contribuir de manera sustanciosa a dar visibilidad en lengua española a un autor cuya obra sigue siendo menos conocida de lo que

merece, esas líneas permiten también relacionar la reflexión kierkegaardiana sobre la existencia con una fenomenología de la sensibilidad que piensa al ser humano desde su exposición a lo que le acontece. Sin reducir la locura a objeto clínico ni convertirla en simple metáfora cultural, lo que le interesa en este caso a Ángel Viñas es mostrar hasta qué punto los fenómenos psicóticos interrogan la estructura misma de la existencia, la relación con el mundo y la posibilidad del encuentro con el otro. Las nociones de *transpossibilité* y *transpassibilité* adquieren aquí un papel relevante, porque permiten pensar una existencia abierta a lo que no estaba contenido en sus posibilidades previas. En continuidad con Kierkegaard, Maldiney ayuda a comprender que el sujeto no se posee a sí mismo desde una transparencia soberana, sino que se descubre en la crisis, en la sorpresa y en el acontecimiento que lo transforma.

Uno de los capítulos más originales del volumen es el quinto, consagrado a Léon Bloy y Jeanne Molbech. La elección puede parecer, en principio, extraña, pues no existe un diálogo explícito entre Kierkegaard y el matrimonio Bloy, y además el contraste confesional entre el protestantismo kierkegaardiano y el

catolicismo radical de Bloy podría conducir a una comparación forzada. Viñas afronta esta dificultad desde el inicio y justifica el encuentro por una vía más profunda que la influencia textual. Lo que une a estos autores es la experiencia del sufrimiento interior, la conciencia de que este mundo no es el cielo y, al mismo tiempo, la capacidad de entender el amor como una bendición que atraviesa incluso la pobreza, la incompreensión y el dolor. El capítulo tiene un tono más narrativo y biográfico que otros, pero esa elección resulta coherente con el objeto tratado. La vida de Bloy y Jeanne, sus diarios, su pobreza, la muerte de varios hijos y su relación con Jacques y Raïssa Maritain permiten a Viñas pensar el sufrimiento sin convertirlo en una categoría abstracta. El riesgo de este enfoque es que la intensidad admirativa hacia los personajes puede dejar menos espacio para una distancia analítica sostenida, aunque precisamente esa cercanía forma parte del tipo de lectura que el libro propone.

El sexto capítulo introduce un diálogo entre las damas de la pena de *O lo uno o lo otro* y Simone Weil. La elección es sugerente porque permite pensar la pena y la desgracia desde figuras femeninas que no son tratadas como meros objetos estéticos, sino como

portadoras de una forma de sabiduría. Viñas insiste en que las «siluetas» kierkegaardianas no deben reducirse a un estudio literario de la sensibilidad femenina, ya que en ellas se juega una verdad de la pena. El encuentro con Weil amplía esa reflexión hacia la *malheur*, entendida como una experiencia extrema que afecta al cuerpo, al alma y a la relación de la persona consigo misma y con el mundo. En este punto, el libro alcanza algunos de sus momentos más hondos, ya que consigue pensar el mal sufrido sin apresurarse a justificarlo. La relación entre pena, desdicha, cuerpo y orientación amorosa permite articular una lectura en la que el sufrimiento no queda banalizado, pero tampoco posee la última palabra.

El capítulo séptimo, dedicado a la sabiduría judía y a Catherine Chalié, abre el libro hacia una tradición que Viñas aborda desde la humildad, la esperanza y la lectura espiritual de la historia. El recorrido por el alfabeto hebraico, por el jasidismo y por figuras como el Maguid de Mezeritch, el rabí de Kotzk, Kalonymus Shapiro, Chmuel Bornstein, Mordechai Joseph Leiner o Tsaddoq haCohen de Lublin amplía considerablemente el horizonte del volumen. Es quizá el capítulo en el que el vínculo con Kierkegaard resulta menos inmediato, aunque no por ello

quede fuera de la arquitectura general del libro. La sabiduría judía aparece como un modo de pensar la libertad, la luz interior, la esperanza y la relación entre verdad y paz. En este sentido, el capítulo contribuye a que la reflexión sobre Kierkegaard no quede encerrada en un marco estrictamente luterano o nórdico, poniendo de manifiesto que los problemas de la existencia, del mal y de la esperanza requieren una conversación más amplia entre tradiciones filosóficas y religiosas.

El último capítulo, dedicado al cielo, funciona como cierre y como clave retrospectiva del libro. El autor declara allí que su lectura de Kierkegaard no lo entiende principalmente como pensador de la angustia, la desesperación o el absurdo, sino como pensador del cielo. Esta afirmación podría parecer provocadora, pero el desarrollo del volumen la vuelve inteligible y coherente. El cielo no se reduce aquí a un tema teológico añadido al final de una obra filosófica, sino que nombra la posibilidad de pensar el amor, la paciencia, la eternidad, el tiempo, la alegría y la infancia desde una orientación última hacia el bien. La discusión con la interpretación del cielo como visión beatífica, el recurso a Unamuno y la lectura de Kierkegaard desde el amor permiten cerrar el libro

con una tesis fuerte. La existencia humana no se comprende adecuadamente si solo se atiende a sus heridas, porque incluso los abismos deben ser pensados desde la posibilidad de un gozo que no nace de la evasión del mundo, sino de una transformación del modo de estar en él.

En conjunto, *Gozos y abismos de la vida humana* es un libro valioso y estimulante por varias razones. Además de ofrecer una lectura de Kierkegaard que no se limita a repetir los lugares comunes de su recepción, sitúa al pensador danés en diálogo con autores y tradiciones que no siempre forman parte de las genealogías más transitadas del existencialismo o de la fenomenología. La presencia de Shestov, Maldiney, Bloy, Weil y Chaliel no responde a un afán acumulativo, sino a la búsqueda de una constelación de pensamiento en torno al misterio de lo humano. Asimismo, el libro reivindica y constituye performativamente una manera de hacer filosofía que no separa el rigor conceptual de la seriedad existencial. Esta es, seguramente, una de sus aportaciones más claras. Viñas escribe desde la convicción de que en filosofía la buena argumentación y la profundidad hermenéutica pasan por abordar y plantear el modo en que la verdad afecta a la vida de quien la piensa. Por ello, la

principal virtud de la obra reside en la coherencia entre su forma y su contenido: defender una filosofía que no olvide al existente exige que el propio libro sea testimonio de una escritura implicada, atenta a los textos y abierta a la dimensión biográfica, religiosa y afectiva del pensamiento. Esta apuesta no está exenta de riesgos, pero permite que el volumen tenga una voz reconocible y que sus páginas no se confundan con un comentario académico convencional. *Gozos y abismos de la vida humana* puede leerse, en definitiva, como una contribución relevante a los estudios kierkegaardianos en lengua española y, más ampliamente, como una defensa de la filosofía entendida como ejercicio de atención a la verdad de la existencia. Su mayor acierto consiste en mostrar que Kierkegaard sigue siendo un interlocutor imprescindible no solo cuando se habla de angustia, desesperación o fe, sino también cuando se intenta pensar el amor, la alegría, la paciencia y la difícil esperanza de que el cielo pueda comenzar, de algún modo, en la vida humana.

Pablo Pérez Espigares
(Universidad Loyola)